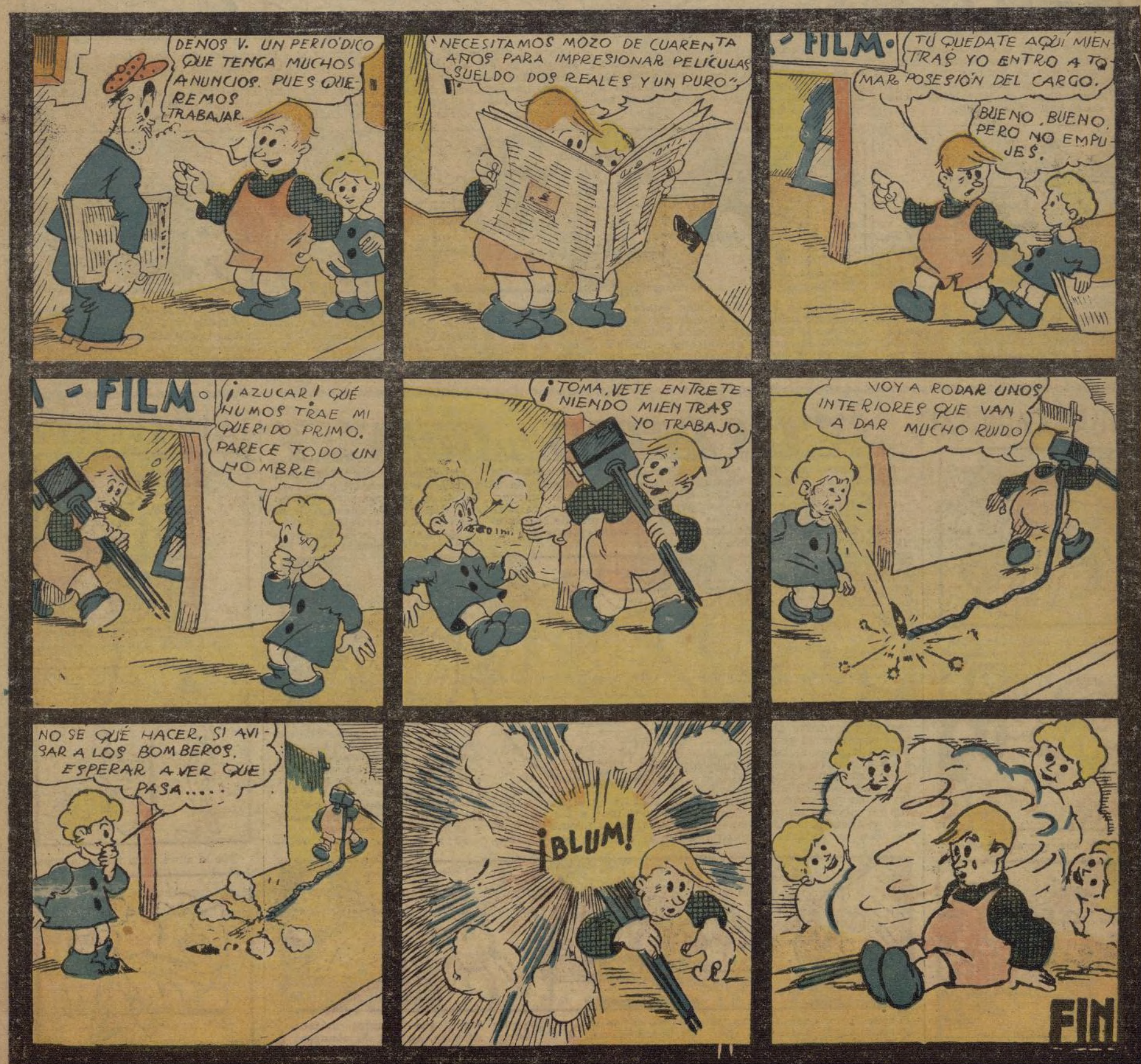


AÑO VI.—NUM. 244

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid 11 de enero de 1934

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCABDÓN



Aventuras de Tarugo y Perdigón



Tarugo y Perdigón habían salido a cazar mariposas con escopetas, cuando vieron aparecer en lejanía un bulto extraño que se aproximaba a la isla. "¿Qué será eso?—preguntó Tarugo—. Parece un autogiro de segunda mano".

El bulto fué acercándose rápidamente, y nuestros amigos pudieron distinguir, estupefactos, que era un soberbio monoplano que llevaba a remolque una casita de madera. "¡Mi tía!—dijo Perdigón—. Mirale, va con la casa a cuestas".

El extraño artefacto tomó tierra con la misma gallardía que un pato cojo, y de él surgió un tipo raro que dijo a los pilluelos: "No os asustéis, niños inocentes. Soy el inventor Pérez Oso, equilibrista, constructor y mago".

Los dos hermanos, al comprobar la calidad del personaje que les visitaba, buscaron en seguida al capitán Terre-Moto para presentarle al señor Pérez Oso, ilustre mago e inventor. El capitán le recibió cortés y muy alegre de la visita.



El inventor Pérez Oso comenzó a enseñar al capitán su casa portátil, mientras Tarugo, que se aburría casi tanto como Perdigón, comenzaban a poner en proyecto una de sus geniales ideas a costa del desdichado Terre-Moto.

Y la idea de los pilluelos estuvo pronto puesta en práctica. El pobre capitán se sintió elevado al espacio por donde los astros van, ascendiendo en dirección a las estrellas, con probabilidades de estrellarse en breve.

Pero el célebre y desconocido inventor, así que se dió cuenta del peligro que corría Terre-Moto, embrogó su sesquiplano, lanzándose en seguimiento de aquel naufragio del aire, que lanzaba cada berrido que conmovía las montañas.

Pronto estuvo Pérez Oso a la altura del capitán, y le largó una estaca. No con ánimo de romperle la crisma, sino para que Terre-Moto se agarrase al palo que le tendía con objeto de salvarle del gravísimo peligro.



Mientras tanto, los pilluelos se dedicaban a fisgar la casa portátil del inventor y mago, sin darse cuenta de que alguien les estaba "guipando" desde una ventanita, y aquel alguien era más negro que un tizón de los negros.

Y cuando más abstraídos estaban en sus observaciones, la mano negra les agarró por la blusa, elevándoles hasta el tejado de la casa, y sacudiéndoles un trazo en el "melón" que les dejó medio "grogui". ¿Qué era aquello?

Y aquello era el fiel criado de Pérez Oso, el negro Tizón, que, consciente de sus deberes de vigilante, comenzó a tocar en el cuerpo de Tarugo una marcha india. En aquel momento llegaban Terre-Moto y el inventor y mago.

Terre-Moto, conmovido por el salvamento, y sobre todo más conmovido aún al observar como atizaba Tizón los "cates", invitó al sabio a pasar en su casa una temporada. ¡Las cosas empezaban a ponerse negras a los pilluelos.

¡POBRE CABRITA!



La cabrita se comió las coles.



Pero con sus propias barbas.



Le improvisaron un bozal.

"LAS ÁNFORAS DE LA CHINA"

En tiempos remotos, cierto emperador de Mongolia regaló al emperador de la China cuarenta ánforas de porcelana, que eran otras tantas maravillas por la delicadeza y gusto con que habían sido fabricadas.

Comenzó, pues, el mandarín a desempeñar su cargo con la diligencia que es fácil suponer; pero, por desgracia, a los siete meses rompió una de las ánforas, e inmediatamente fué decapitado.

Entonces el emperador buscó al hombre más hábil y más sabio de su imperio, y aunque no era mandarín le encargó de la custodia de los treinta y siete jarrones restantes. El nuevo guardián, tan pronto como lle-



Para conservar estas ánforas, el emperador de la China hizo construir un palacio a propósito, y puso al frente de él a un mandarín, para que guardase con toda diligencia tan gran tesoro. Sólo al mandarín le estaba permitido tocar, de vez en cuando, los ricos jarrones, cuando había de limpiarlos, con un cuidado exquisito.

Le sucedió en el puesto otro mandarín; mas a las siete semanas tuvo asimismo la fatallidad de derribar de su pedes-

gó al palacio, se armó de un buen garrote, y arremetiendo contra las ánforas las hizo pedazos en un santiamén.

—Miserable!—gritó el emperador en el colmo de la ira—. ¿Qué has hecho?

—Señor—respondió el sabio—. He salvado las vidas de treinta y seis súbditos vuestros.

El emperador calló y refle-



Porque si por cualquier desgracia se rompía alguno de ellos, el mandarín hubiera sido condenado a muerte y ejecutado.

tal otra de las ánforas, que quedó hecha añicos. Y el mandarín pagó también con la vida su negligencia.

Alzó por algunos instantes; después, en vez de condenar a muerte al sabio, le nombró mandarín.

LA PIPA DE FRITZ



Fritz tiene una pipa colosal.



Que le sirve para hacer la sopa.



Y para calentar la cama.

"el bandido y sus hijos"

Leyenda polaca

Hubo una vez un bandido cuya fama se extendía a muchos países, el cual, mediante robos, saqueos y asesinatos, había reunido grandes riquezas. El bandido tenía su morada en las grutas y en los montes, y día y noche acechaba con sus compañeros en los pasos peligrosos del camino real, y a quien caía en sus manos le despojaba de la bolsa y hasta



de la vida si el atracado oponía resistencia. Así fueron pasando los años hasta que el bandido, que siempre consiguió librarse de sus perseguidores, llegó a viejo. Y como lo que había robado formaba una cantidad incalculable de oro, plata y piedras preciosas, pensando cuerdamente que no hay delito que quede impune,



ni secreto que permanezca oculto, y de puede prosperar mucho tiempo, renunció por completo a su mala vida, para que el poder basado en la iniquidad no pasar el resto de sus días en la honradez y el ejercicio de la caridad y de las buenas obras.

Y como se sintiera ya débil y viejo, llamó a sus tres hijos para pedirles que escogiesen una profesión, y que ésta fuese más honrada que lo había sido la suya. Y les propuso toda suerte de oficios y de empleos, y les dejó en libertad de elegir, asignándoles además a cada uno un tercio de su gran fortuna. Los hijos, después de deliberar, acordaron que no querían oficio ni profesión y que serían ladrones como su padre lo había



sido, pensando que aquella era la tarea más suave y lucrativa. Entonces el viejo dijo:

—Ya que vuestro unánime deseo es apartaros de la honradez y tomar la vía de la desgracia que conduce al peligro y al daño, y por la cual no hay posible regreso, doy por buena vuestra decisión. Pero ya podéis ingeniarosla, pues pienso devolver todo lo que he robado en mi vida, y de mí no tendréis ni un

solo céntimo que os ayude a ser ladrones.

Los hijos no hicieron caso, y el bandido, cumpliendo su palabra, devolvió lo robado, y luego murió cristianamente, pues ya era muy viejecito. Los tres hijos se pusieron en seguida a fraguar sus planes como nuevos bandidos que eran, decidiendo robar el caballo del rey, que valía un tesoro. Como sabían que este caballo solamente comía alfalfa, los hermanos hicieron un gran haz de ella y



dentro del haz se metió el hermano más pequeño. Los otros dos llevaron la alfalfa al mercado, y cuando llegó el palafrenero del rey compró aquel hermoso haz que le ofrecían, y se lo llevó a las cuadras, poniéndolo en el pesebre del caballo del monarca; después cerró la puerta y se fué a dormir.

A media noche, cuando todos dormían, el ladrón salió de su escondrijo, le puso al caballo su silla de oro y pedrerías, las riendas de plata, le cubrió con su manta de seda y, enfundándole los cascos con una lona y tapándole las campanillas de



coral con cera para que no sonasen, salió de las caballerizas dispuesto a huir con sus hermanos, que le esperaban en la puerta. Pero la luz de las bujías que portaban los bandidos derretió la cera con que habían tapado las campanillas, y éstas comenzaron a sonar al mover el bruto la cabeza.

Así que oyeron el ruido los guardias

de palacio acudieron presurosos, y aunque los bandidos se defendieron a la desesperada e hicieron prodigios de valor frente a los soldados, éstos les hicieron prisioneros, conduciéndoles a presencia del rey, que les mandó ahorcar, con el fin de que sirviese de escarmiento a todos los bandidos del reino.

Y así terminaron su historia y su vida los bandidos que no quisieron seguir los consejos de su padre.

LOS TRES AVENTUREROS



CAPITULO I

El aeródromo presentaba un aspecto fantástico. Miles de antorchas y de hogueras iluminaban el amplio espacio, y los reflectores trazaban haces de luz sobre el campo de aterrizaje. Sonaban sin cesar los "claxons" de los automóviles y la sirena de los coches de la Policía. La gente se agolpaba amenazando con romper las alambradas que contenían su ímpetu. Los soldados y los agentes a duras penas lograban sujetar el empu-



je de la multitud, ávida de presenciar el acontecimiento. Dentro de unas horas, con las primeras luces del día, partiría el "Ackron", el formidable dirigible recién construido, cuyo primer viaje era un vuelo trasatlántico a América. En primera fila había un muchacho, al que parecían preocupar bien poco los acontecimientos. Era un rapaz como de catorce años, sucio y mal vestido, aunque los andrajos no lograban ocultar un cierto aire de elegancia, y en la cara, sus ojos negriscos brillaban a la luz de las



antorchas con un reflejo de audacia. Era el tipo clásico de golfillo todo decisión. De pronto otro muchacho vino a pararse a su lado. Este aparentaba un par de años menos. Vestía con elegancia, denotando al chico acostumbrado a las comodidades. Su aspecto era débil y enfermizo, y una nube de tristeza le empañaba las facciones. Al contrario de su compañero, tenía puestos los cinco sentidos en el campo de aterrizaje, y sus ojos seguían ansiosamente todos los movimientos de los mecánicos, que engr-



saban la nave gigantesca. El golfillo sacó un trozo de pan negro y le hincó el diente sin poner reparos. El otro muchacho miró con ansia el pan, y se pasó la lengua por los labios en un gesto harto significativo. El rapaz mugriento le miró con asombro. "¿Quieres?"—dijo ofreciéndole un trozo—. El invitado extendió la mano sin ceremonias, y comenzó a comer con envidiable apetito. El golfillo le miraba asombrado de que un chico tan elegante comiera sin repugnancia aquel pan negro y duro que le



habían dado a él de limosna por la mañana. Cuando hubo concluido, exclamó dirigiéndose a su compañero de sitio: "Parece que había gana, eh, amigo." "¡Gracias!"—repuso el otro—. "Bueno—repuso el golfillo encogiéndose de hombros—, no te pedido explicaciones." "Has sido muy bueno conmigo—añadió el más pequeño—; sin tu ayuda me habría desmayado; no podía más... tenía hambre..." El mayor le miró, y viendo que de sus ojos se desprendían lágrimas abundantes, le cogió cariñosamente, animándole.



"No llores, hombre. Mira, aún tengo aquí guardadas dos manzanas, que te las vas a comer enteritas; yo estoy acostumbrado a pasarme sin cenar. Pero, ¿cómo es que un chico como tú está aquí a estas horas? ¿Has perdido a tus padres entre la gente? ¿Verdad? Espera, verás qué pronto aviso a uno de esos de la porra". "No, por Dios, no hagas eso—exclamó su interlocutor—, no lo hagas. Me llevarían otra vez allá". Y más tranquilo, al ver que su queja era atendida, añadió: "Me escapé de casa. Vivo con mis tíos; mis



padres son muy ricos y hace ya tres años que están en América. Yo quedé aquí en España para educarme. Al principio mis tíos me trataban bien. Al año comenzaron los malos tratos, que cada vez fueron en aumento; me pegaban, me echaban en cara lo que hacían por mí... no pude aguantar más... hablaban mal de papá... y esta noche me escapé..." Al llegar aquí las lágrimas ahogaron su voz. El golfillo, emocionado, le pasó un brazo por el cuello; luego dijo: "No te apures, no pasará nada. Yo te protegeré y puedes asegurar que no nos caza-



rán los de la porra; sé manejarlos solo y burlaremos a los que te persigan. ¿Cómo te llamas?" "Rafael, pero siempre me llaman Rafa". "No te importe; a mí me llaman Polo, y si te digo la verdad no sé que me llame de otra manera. Pero eso no importa. El caso es que la casualidad nos ha juntado, y juntos nos ayudaremos. ¡Venga un abrazo, Rafa!" Rafael le tendió los brazos, y bajo las luces del aeródromo los dos aventureros se unieron estrechamente.

(Continuará.)

¡¡ ATENCION !!

¿No habéis comprado aún el precioso "Almanaque JEROMIN"? Pues apresuraos a hacerlo, porque se agota. Si no lo tiene vuestro librero; si se agotó en esa localidad, pedidlo al instante a la

Administración de "JEROMIN"

ALFONSO XI, 4. APARTADO 466. MADRID
Sólo cuesta CINCUENTA CENTIMOS. VALE UN MILLON

ALMANAQUE "JEROMIN"
EL MEJOR REGALO

PRISIONEROS DEL MAR

CONTINUACIÓN



198.—Al regreso Alberto mató algunas avefrias, y a las cuatro estaban en la gruta. Contaron lo sucedido, y se planeó una expedición a la playa para matar focas.



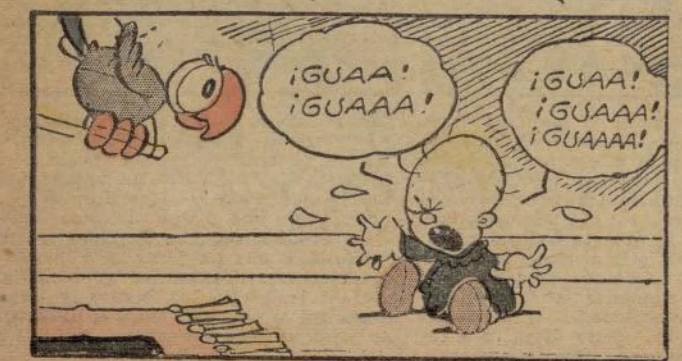
200.—A los fríos siguieron violentos vendavales. Las rocas del acantilado gemían azotadas por las ráfagas del Sur, que arrancaron muchas veces las puertas de la cueva.



202.—A falta de cuadrúpedo que tirase de la carreta, León pretendió utilizar el nandú, y le construyó una guarnición de tela, pero le fué imposible ponérsela.



204.—Mas cuando sus compañeros lo soltaron, el bipedo pegó un salto prodigioso, despidió violentamente a su jinete y desapareció a grandes zancadas en el bosque vecino.



I.—Vaya una perra que ha cogido el angelito; no flores así, monín, que te vas a romper una vena.



199.—El invierno iba a concluir. A fines de agosto, grandes chubascos disolvieron la nieve. El lago del hielo se rompió, produciendo horrendo estrépito.



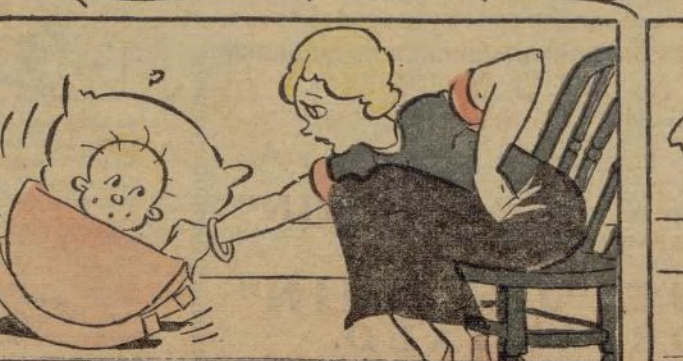
201.—Ignacio ideó construir una carreta, utilizando dos ruedas dentadas de un torno del "Centella". Rellenó sus dientes con cuñas, las unió con eje y les puso plataforma.



203.—Consiguiólo, por fin, cierta mañana, y mientras sus compañeros sujetaban a la cabalgadura, León montó sobre ella, dispuesto a domarla y domesticarla para el tiro.



205.—Con la vuelta del buen tiempo, arrinconáronse las ropas de abrigo, se adoptaron las cómodas prendas ligeras, y se organizaron excursiones de caza para reponer la despesa.

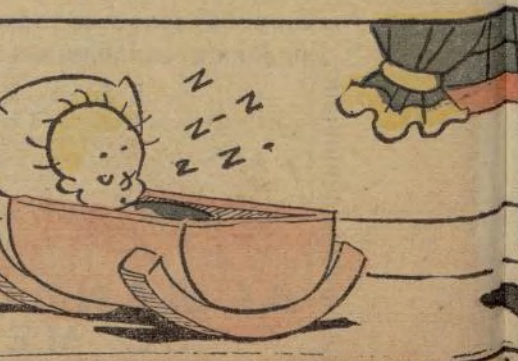


II.—Anda, chiquitín, lucero de la casa, duerme tranquilito, como los niños buenos. Guapo de la casa.

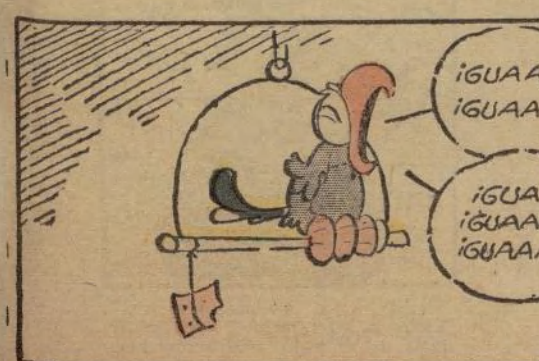
APRENDER A PINTAR



LA COTORRA SABIA.



III.—El nene llorón se quedó dormido en su cuna, más satisfecho que si estuviera en el "cine".



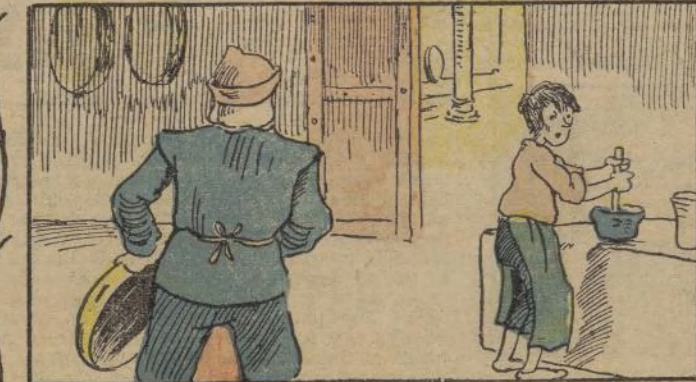
IV.—Ese niño se ha ganado un tranquilo reposo por llorar. Yo voy a coger otra perra. ¡Gaaaah! ¡Gaaaah!

LAZARILLO DE TORMES

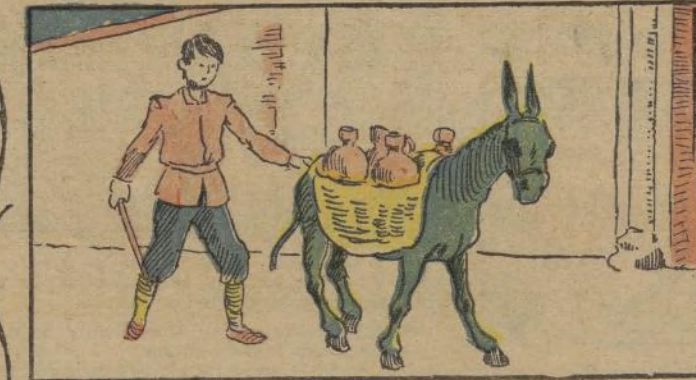
CONCLUSIÓN



198.—Hube de buscar el cuarto amo, y fué un fraile de la Merced. Este me dió los primeros zapatos que usé; mas no me duraron ocho días, ni yo pude durar más con su trote.



200.—Después asenté con un maestro de pintar panderos, para moler colores, y también sufrí mil males, que no parecía haber nacido para otra cosa.



202.—Entregóme un asno y cuatro cántaros y comencé a repartir agua por la ciudad. Cada día llevaba a mi amo treinta maravedís, y los sábados ganaba para mí.



204.—Entonces asenté por hombre de justicia con un alguacil; mas una noche nos corrieron a pedradas y palos, hirieron a mi amo, y yo no quise seguir en oficio tan peligroso.



199.—El quinto amo, con quien por desventura di, fué un buldero, el más desenvuelto y desvergonzado que jamás vi. Con él estuve cuatro meses y pasé también hartas fatigas.



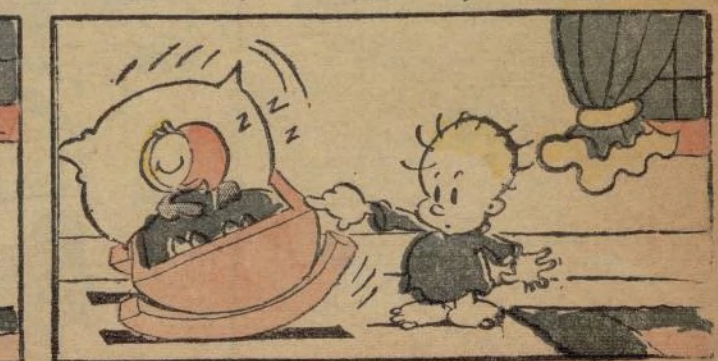
201.—Siendo ya mozo, entrando un día en la iglesia, cierto caballero me recibió por criado suyo, y este fué el principio de mi buena vida, porque mi boca era medida.



203.—Al cabo de cuatro años ahorré para vestirme un jubón viejo, un sayo raldo, una capa, que había sido frisada, y una espada de Cuéllar. Y no quise seguir en el oficio.



205.—Finalmente, quiso Dios ponerme en buen camino, y logré un oficio real, el de pregonero, en el que vivo toda vía al servicio de Dios y de vuestras mercedes. FIN



VI.—¡"Chuequenina"! ¡"Lucelo" de la casa! "Dormime tranquilita" como las "cotolitas nuevas". ¡Guapina!

AMENIDADES



La pobre Colasa ha perdido el bolso. ¡Pobre Colasa! Buscadse vosotros, porque la buena mujer tiene un disgusto horrible.



El tío Paco va a pescar una trucha. Yo creo que habrá truchas en ese río, pero como no me lo ha dicho Manuel Medina, de Navas del Madroño, pues no lo puedo asegurar.



La cuestión es muy sencilla. Se trata de hacer cinco dobles en el papel, de tal manera que reconstruyáis una figura cómica.



Miguel Blanco es madrileño, y es un pequeño gran dibujante. Un dibujante muy serio. No sabemos si el amigo Miguel ha estado en Ginebra, pero él nos remite este maravilloso lago de Ginebra, y nosotros le felicitamos y nos lavamos las manos en el lago.



Polito busca a su hermana. ¿Sabrías decirle dónde está?

CHISTE

El director de una cárcel ha ordenado que todos los presos trabajen en su oficio.

—Señor director—dice un empleado—, el número 22 se niega a trabajar en la fabricación de cajas, y quiere, como los demás, trabajar en su oficio.

—Es muy justo que se le complazca.

—¿Y qué es él?

—Aviador.

Manuel Torres, 11 años,

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

CAPITULO XXXIII

Devastaciones de los piratas

Al llegar a unos veinte pasos de la cabaña aérea, los piratas se detuvieron y montaron sus mosquetones, alzándose sobre las puntas de los pies, para ver si había alguien dentro de la casa o



tendido en la plataforma.

No habiendo visto a nadie ni oído el menor ruido, rodearon la construcción; uno de ellos, el más ágil y el más atrevido, comenzó a subir. Sus compañeros tenían las armas en alto, prontas para responder al menor ataque; por su parte la barca se había acercado a la rada, y apuntaba la casa con las culebrinas.

El bandido llegó en seguida a la plataforma, y



entró en la habitación. Pronto salió dando voces como encolerizado. Cambió algunas palabras con sus compañeros, que parecían hallarse también poseídos de coraje, y en seguida se puso a tirar abajo los poquitos viveres que había dentro de la cabaña, mientras los demás saqueaban lo que había quedado en los cobertizos.

Pero aquello no era bastante para apaciguarlos: el botín era tan pequeño, que sin duda les



pareció una burla. Los naufragos les oían gritar como poseídos, y correr de la empalizada a los recintos, desahogando su mal humor con tremendas cuchilladas que asestaban sobre los bambúes. Los que habían quedado en la piragua, saltaron a tierra, y empezaron a pisotear y a arrancar las plantas del huerto, demoliendo a hachazos las empalizadas y los cobertizos.

Los dos naufragos, temblando de cólera, asistían impotentes a aquella destrucción bárbara del huerto y de su vivienda, con tanto cariño cultivado y construida. Sobre todo el marinero estaba a punto de saltar.

—¡Canallas!—exclamó—. ¡Destruir nuestros medios de vida! ¡Cobardes! ¡Ladrones! ¡Si tuviese una buena carabina, ya hablaríamos! ¡Cochinos!

—Déjalos que hagan, Enrique—respondió Albani—; contentémonos con salvar la piel.

—¡Yo no puedo ver tanta devastación, señor, yo mato a uno por lo menos!

—¡Para que te descubran y nos asesinen? ¡Contente! ¡Quieto!

En aquel instante, la cabaña, privada de sus pilas de sustentación, caía al suelo con estrépito, mientras los piratas chillaban alborozados. Aquello fué demasiado para el marinero, a quien



ya le hervía la sangre. Dando al olvido la prudencia, y antes de que Albani pudiese evitarlo, se lanzó fuera del escondite, metió dentro de la cerbatana una flecha envenenada y sopió con fuerza. Un pirata herido en la espalda por la sutil flecha, cayó hacia atrás lanzando un grito de dolor. Sus compañeros se volvieron bruscamente, y al ver al marinero que huía a través de la espesura, dispararon sus mosquetones, pero ya era tarde. Enrique se había lanzado en medio de los bambúes, y las balas no le alcanzaron. Albani se lanzó en seguimiento de su compañero, que huía con la velocidad de un ciervo. En diez minutos los perseguidos atravesaron la floresta, escondiéndose en el bosque intrincado.



—¡Subámonos a ese árbol enorme!—dijo Albani. Los dos amigos ascendieron por el tronco y se agazaparon entre las ramas.

—¡Imprudente!—dijo Albani muy bajito—. Ahora registrarán la isla entera.

—Pero no descubrirán nuestra caverna.

—Si encuentran el rastro de la carreta, sí.

—¡Maldición!—exclamó el marinero palideciendo al pensar en el pequeño Picolo.

—¡Calla!—susurró Albani.

Había sonado una fuerte detonación en el mar.

(Continuará.)

PASATIEMPOS

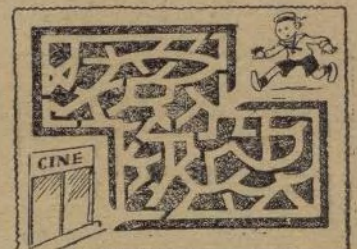


El pobre viejo ve tan poquito tan poquito, que no encuentra a su hermano. ¿Dónde estará el hermano del viejecito?



—¡Qué extraño! ¿Cómo es que fuma usted tres puros al mismo tiempo?

—¡Oh! Para economizar cerillas; yo soy un hombre muy ahorrativo.



José María busca el camino del "cine" y no lo encuentra. Decídselo vosotros.

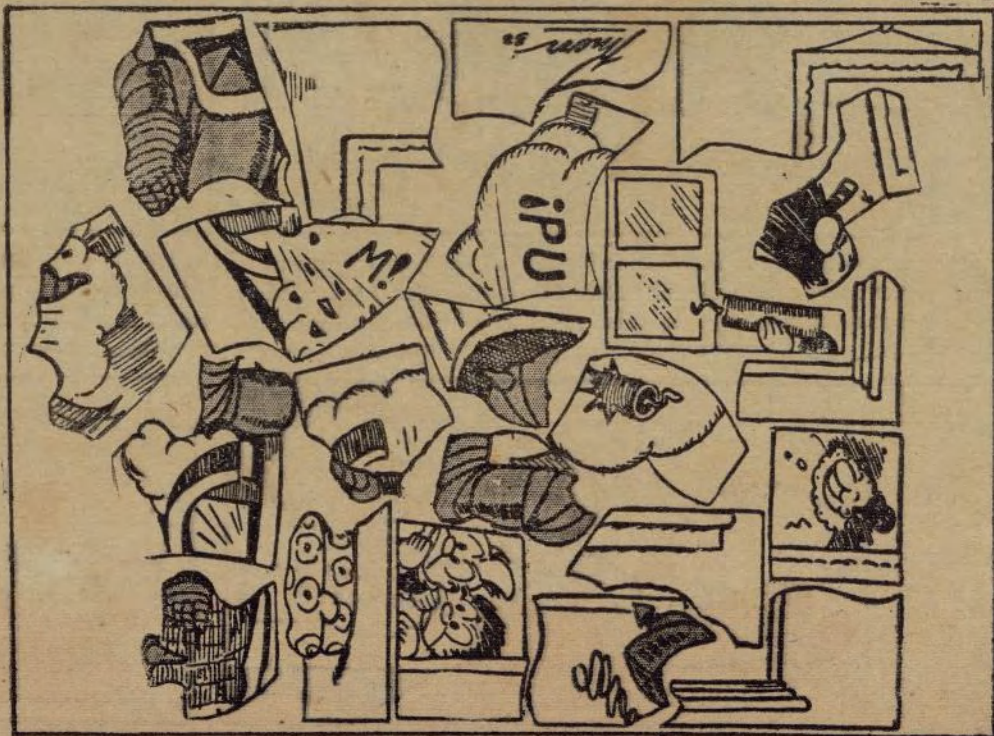


Juanito Borrás tiene nueve años y es de Castellón; es además un estupendo dibujante, como lo acredita el formidable retrato de Gil Robles que nos envía.



¡Qué listo es Zampabollos! Tiene a su amigo Torcuato al lado de él y lo está llamando. ¿No veis vosotros a Torcuato?

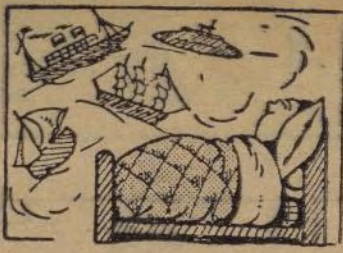
ROMPECABEZAS



LA NAVE DE CELESTINO



Celestino creía haber nacido para marino. Y esto no tan sólo por fuerza del consonante, sino por lo bien que le sentaba un trajecito de marinero que estrenó cuando pequeño. Los



días de fiesta se los pasaba haciendo maniobras en el lago del Retiro, como aprendiz de almirante, según él aseguraba. Todas las noches soñaba en barcos, barquillos, botes, velas y



remos, y la idea de su vocación se le clavó en el meollo como una verdadera obsesión. Decidido a poner las cosas en práctica, una noche cogió un pan de cuatro libras y un queso, y



echó a andar carretera adelante, hasta que llegó a Cartagena. Allí se enganchó como grumete a bordo de un patache. El capitán lo puso en manos del maestro de natación para que



le enseñara a nadar. La primera lección se la dió en seco, y Celestino manifestó en ella excelentes aptitudes. "Este chico —dijo el profesor— acabará nadando como una sardina en es-



cabeche". La segunda lección fué en pleno mar; pero con todas las de la ley. Se le puso un cinturón salvavidas y se le suspendió de un globo cautivo. En tan arriesgadas condiciones



Celestino braceó y perneó con toda soltura, y con inmensa satisfacción de su profesor. "Este muchacho subirá y llegará a donde quiera el día que se suelte"—aseguraba—. Y, efecti-



vamente, Celestino se soltó de repente, y comenzó a subir... arrastrado por el globo, que estaba calculado para pesos pesados. "Su porvenir—dijo el profesor—está en la aviación na-



val". En aquel instante salió del agua un gran pez volador, que se dirigió en derecha hacia Celestino... mientras por los aires bajó un buitre, que con su terrible pico atacó al globo, ha-



ciéndole estallar ruidosamente. El horrible pez abría entre tanto su enorme boca para merendarse a Celestino, que, a pesar de sus horribles gritos y de sus esfuerzos para defenderse, hu-



biera sucumbido víctima de su loca vocación... si en aquel preciso momento no se hubiera despertado al pie de su cama, en la que había vivido aquella horrible pesadilla. Celestino

maldijo de los barcos, de la mar y de sus peces, y desde entonces no ha vuelto a pisar el Retiro, huye de los barquilleros y hasta tiene horror a los botes de conservas.

EN SERIO Y EN BROMA



En el año 1879 los tártaros destruyeron los depósitos de petróleo de Irkutsk; el petróleo cubrió las aguas del río Angara, e inflamado llevó la destrucción por ambas riberas y destruyó la ciudad.

minado círculo máximo, de tal manera que en uno de los hemisferios resultantes queda agrupada la máxima extensión tierra y en el otro la máxima extensión de agua. El dibujo demuestra por dónde habría que dar a la tierra ese corte imaginario.



—Oye, Felipe, ¿me quieres prestar once bolas?
—No tengo más que nueve.
—Bueno, dámelas y me debes dos.



—¡Jesús, y qué niño tan feo! Parece una tortuga! ¿De quién es este cabezota?
—Es mi hijo.
—¿Su hijo? ¡Ay, qué monada de niño, qué guapo es! ¡Si se parece a Rodolfo Valentino!



Ved aquí a un animal invencible. Como un guerrero de la Edad Media, va cubierto con una lorica, formada por piecitas de hueso cubiertas por placas córneas. Cuando se ve en peligro, se hace una pelota, y no hay garra ni dientes que puedan herirle. Hay muchas especies de estos animales, que viven en toda la América; y su tamaño oscila entre el de un cerdo y el de una rata. Los indios comen la carne de algunos, que guisan, como en una cazuela, en el mismo caparazón.

Hay peces que construyen nidos en el agua para que en ellos nazca y se críe su descendencia. Los peces que construyen los nidos más perfectos son los "gasterosteos", que se caracterizan por tener el dorso armado con varias espinas afiladas. El nido tiene forma de manguito, y está formado con briznas de hierba y raíces, aglutinadas con una sustancia que segrega el mismo pez. El padre incubaba los huevos, los defiende contra sus enemigos y cuida de los pececillos recién nacidos, cogiéndolos con la boca y metiéndolos en el nido cuando se escapan de él.



—Vamos a ver, querido. Si te doy siete pasteles para que los repartas con Ricardito. ¿Qué operación tendrías que hacer la primera?
—La primera...? La primera hincharle un ojo a Ricardito.



—Pero, bueno. ¿No te he dicho cuarenta veces que no estudies y silbes al mismo tiempo?
—¡Pero si no estoy estudiando, papá! ¡No hago más que silbar!

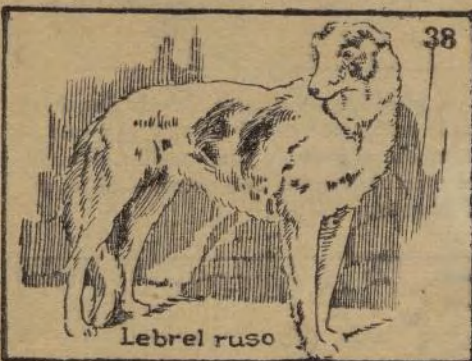


El agua que se evapora en un segundo en la Tierra por el calor del Sol, podría llevar diez gigantescos depósitos tan altos como la catedral de San Esteban, de Viena.

—¿Por qué no te has lavado hoy la cara?—pregunta el maestro al pequeño Picolín.
—Por espíritu de limpieza.
—¿De limpieza?
—Sí, maestro; para no ensuciar el agua.



La esfera terrestre puede dividirse idealmente por deter-



Lebrel ruso



Oso blanco polar



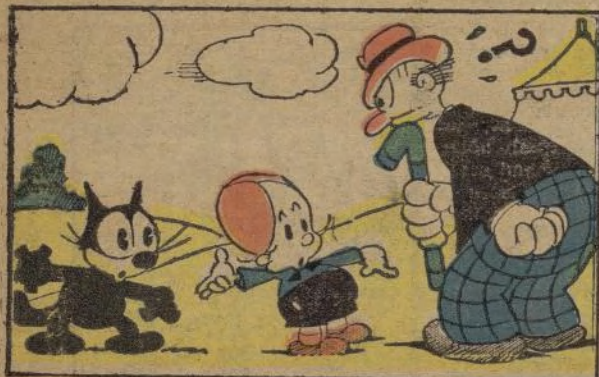
Orangután



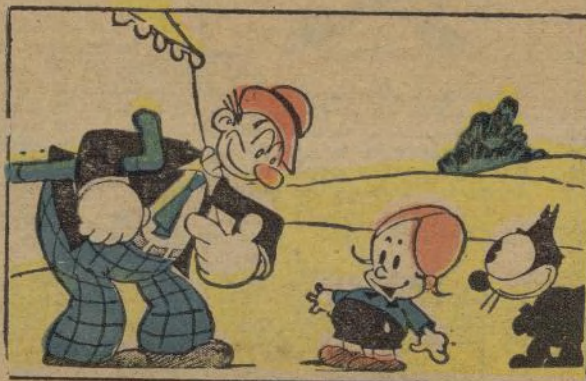
Cabra monjes de los Alpes



ANDANAS DE GATO FELIX



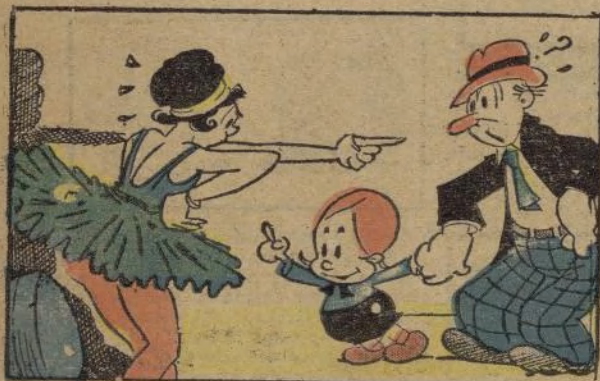
Félix y Bimbete no tenían dinero para entrar al circo, y lo sentían más que si les hubiesen dado una patada en la espinilla. Andaban pensando un procedimiento para colarse, cuando vieron venir al célebre payaso Risotada.



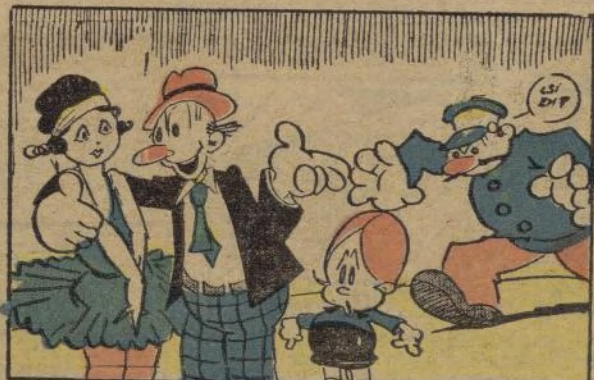
—Páseme usted dentro, y le cepillaré el traje todos los días—exclamó Bimbete. —Lo siento mucho, niño zangolotino—repuso Risotada—, pero no dejan entrar más que a las familias de los artistas. —Pues diga usted que soy su hijo.



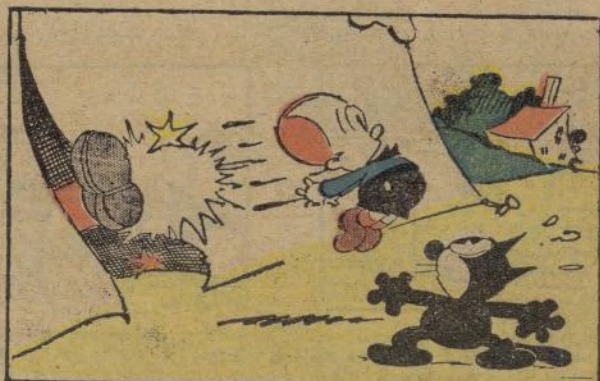
Así quedó acordado, y Bimbete se dirigió al circo con Risotada, que le había advertido que le llamase siempre papá para que nadie sospechase. —Buenos días, señor Risotada. ¿Quién es este niño tan cabezón? —Es mi hijo. —Que pase.



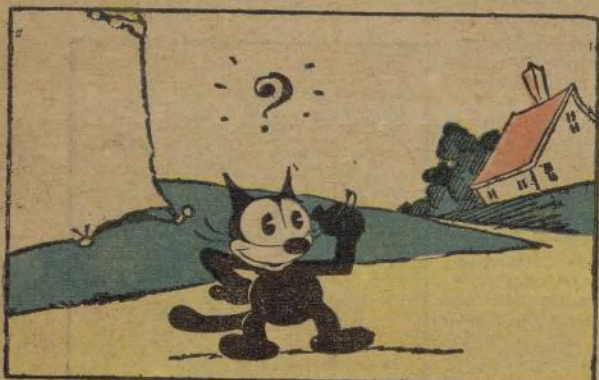
Risotada se dirigió al camerino de su esposa, pero Bimbete, que ya había cogido gusto a su papel, exclamó: —¿Quién es esa señora que parece una sardina, papaito?— Al oír la señora de Risotada que un niño llamaba papá a su marido...



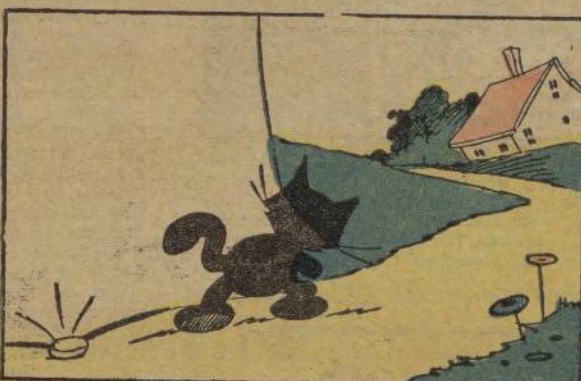
... se organizó la de San Quintín. Pero el payaso comenzó a decir a su esposa: —No te excites. Este niño no es hijo mío; me llama papá para que le dejen pasar gratis. — El portero, cuando oyó esto, saltó sobre Bimbete para perjudicarlo.



Y cuando Félix estaba envidiando la suerte de su amigo, vió aparecer un bulto proyectado violentamente por la bota del portero, que había sido jugador profesional en el equipo del "Crimen F. C.", de Matasapos de la Encina.



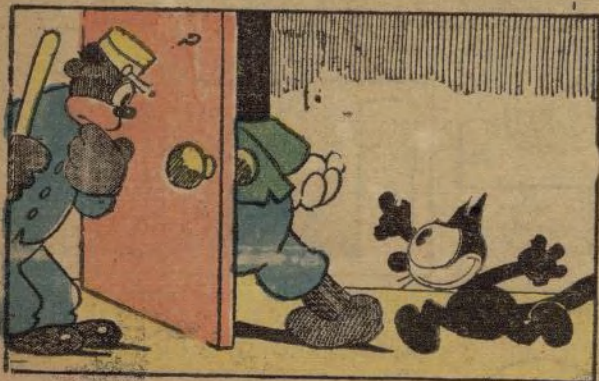
Félix, ante el fracaso de su camarada, comenzó a darle vueltas a la sandía, con objeto de que le sugiriese una idea, y pronto la tuvo. Igual que Bimbete había pasado por hijo, él se colaría como mascota con el primer artista.



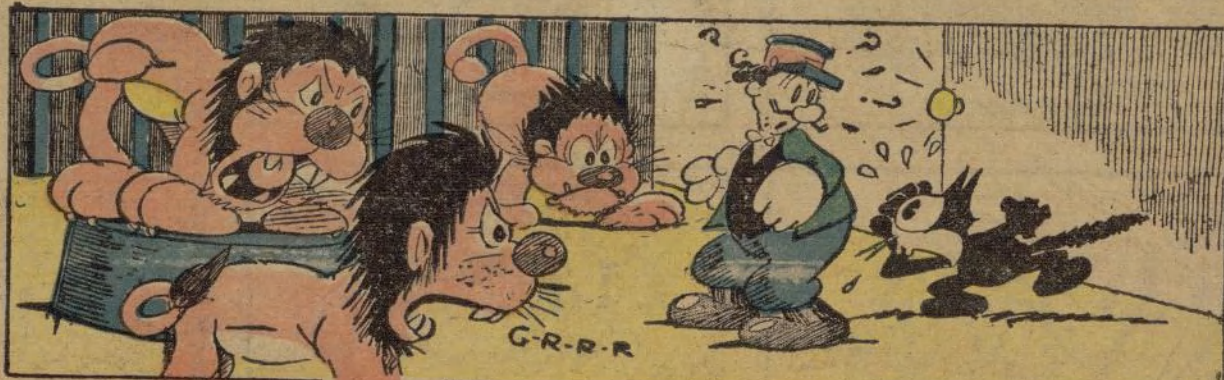
Dispuesto a ello, se puso a observar, en espera de que uno de ellos entrase al circo, y bien pronto vió aparecer a uno que se encaminaba al trabajo. —Con ése me cuelo, seguro—pensó el gato—. Aquí, nada más que cara dura, y adentro.



Como lo pensó lo hizo, y sin que el artista se diera cuenta, Félix se coló como si tal cosa, y oyó que el portero les saludaba al pasar: —Buenos días, don Garra Fiera, qué mascota tan fea trae usted. —El feo será tú—pensó el gato.



—Me colaré por donde él vaya—iba pensando el gatito aventurero—. De esta forma no sospecharán. Y siguiendo al señor Garra, Félix se metió tras de él, aunque un poco mosqueado por la cara de asombro que puso el negro de la escoba.



Y el espanto del gato fué algo definitivo. Sin darse cuenta, y siguiendo al señor Garra, se había colado en la jaula de los leones siguiendo a su domador. Las fieras, al ver al minino, estiraron las zarpas, entrechocando los colmillos, y el infeliz intruso oyó que una leona decía a otra: —Mira qué exquisito desayuno nos trae hoy don Garra. —¡Mi respetable tía la del pueblo!—exclamó Félix—. ¿Pero qué borriquería he hecho con seguir a este tío?— La tragedia se mascaba.

(Continuará)